



ISSN 2177-2940
(Online)

ISSN 1415-9945
(Impresso)

Modelos de construcción de lo masculino en la narrativa breve centroamericana (1970-2000)¹

<http://dx.doi.org/10.4025.dialogos.v23i1.46320>

Ruth Cubillo-Paniagua

Universidad de Costa Rica, UCR, Costa Rica. E-mail: rutycu@hotmail.com

Palavras-chave: masculinidades, literatura centro- americana, 1970- 2000.	Modelos de construção do masculino na breve narrativa centro-americana (1970-2000) Resumo: Este trabalho baseia-se na premissa de que os personagens literários são sujeitos ficcionais e, como tal, participam das diversas dinâmicas de interação social; assim, os personagens masculinos das oito histórias centro-americanas aqui analisadas, bem como os homens de carne e osso que representam, são construídos a partir de diversos modelos de masculinidades claramente identificados a partir de teorias de gênero, especificamente de estudos sobre masculinidades, a partir do qual o corpus selecionado é endereçado. Nesta pesquisa, o modelo hegemônico de masculinidade e o modelo de masculinidade subordinada são analisados.
Key words: masculinities, Central American literatura, 1970-2000.	Models of construction of the masculine in the Central American brief narrative (1970-2000) Abstract: This work is based on the premise that literary characters are fictional subjects and, as such, participate in the various dynamics of social interaction; thus, the male characters of the eight Central American stories analyzed here, as well as the men of flesh and bone they represent, are constructed from diverse models of masculinities clearly identified from gender theories, specifically from studies on masculinities, from which the selected corpus is addressed. In this research, the hegemonic masculinity model and the subordinate masculinity model are analyzed.
Palabras clave: masculinidades, literatura centroamericana, 1970-2000.	Modelos de construcción de lo masculino en la narrativa breve centroamericana (1970-2000) Resumen: En este trabajo se parte de la premisa de que los personajes literarios son sujetos ficcionales y, como tales, participan de las diversas dinámicas de interacción social; así, los personajes masculinos de los ocho cuentos centroamericanos aquí analizados, al igual que los hombres de carne y hueso que ellos representan, se construyen a partir de diversos modelos de masculinidades claramente identificados desde las teorías de género, en concreto desde los estudios sobre masculinidades, desde los cuales se aborda el corpus seleccionado. En esta investigación se analizan el modelo de masculinidad hegemónica y el modelo de masculinidad subordinada.

Artigo recebido em: 22/01/2019. **Aprovado em:** 02/02/2019.

¹Este artículo es un resultado parcial del proyecto de investigación B6253, "Relaciones intersubjetivas, convivencia y transnacionalismo en la narrativa breve centroamericana y caribeña. 1970-2002", inscrito desde la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura en la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica, entre agosto de 2015 y enero de 2018.

1. La noción de modelo y la representación de las masculinidades

En las representaciones que constituyen los textos literarios se ponen en escena diversos patrones de interacción social, que aquí llamaremos modelos de interacción, y que determinan la forma en que un sujeto se relaciona con otro en la vida cotidiana, es decir, la forma en que convivimos unos con otros.

Cada uno de nosotros se encuentra involucrado en múltiples modelos de interacción social, pues no nos comportamos del mismo modo en todos los espacios o escenarios sociales en los cuales nos desenvolvemos, es decir, estamos conformados por una multiplicidad de identidades subjetivas, no somos sujetos unitarios y sin rupturas, sino subjetividades repletas de fracturas y contradicciones. Y no podría ser de otra manera.

Todos los modelos de interacción social de la vida cotidiana están siempre tramados o conformados por “prácticas ‘locales’ de poder, deseo, saber y discurso, que ejercen [...] los hombres y mujeres concretos [...] involucrados en y desde unas u otras situaciones de interacción social con copresencia de la vida cotidiana asociadas a dichos patrones de interacción social.” (SOTOLONGO CODINA Y DELGADO DÍAZ, 2006, p. 139)

Las variables de género, etnia y clase social resultan fundamentales para entender cómo se construyen los sujetos y a qué

modelos de interacción responden sus comportamientos, discursos y formas de pensar; además, debemos tener muy presente que el espacio geográfico en el cual un individuo nace y es criado, así como el momento histórico en que le toca vivir, también son elementos que condicionan su cosmovisión.

En esta investigación partimos de la premisa de que los personajes literarios son sujetos ficcionales y, como tales, también participan de todas estas dinámicas de interacción social a las que aquí hacemos alusión.

Los personajes masculinos de nuestro corpus, al igual que los hombres de carne y hueso que ellos representan, se construyen a partir de diversos modelos de masculinidades claramente identificados por los estudiosos de esta temática.² En esta investigación vamos a referirnos, por un lado, al modelo de

² Para profundizar en el estudio de las masculinidades desde las ciencias sociales, cf. la bibliografía especializada elaborada por Mauricio MENJÍVAR OCHOA, Género, hombres y masculinidades. *Boletín Digital*, núm. 1, CIRCA, CIICLA, Universidad de Costa Rica, 2009, pp. 34-41.

Conviene señalar que, en el ámbito de los estudios literarios, los trabajos sobre masculinidades realizados desde Costa Rica son sumamente escasos hasta el momento, pero se trata de un ámbito temático que está ganando mucho terreno y que cada vez despierta el interés de más investigadores literarios. En 2016, Mariela Mata Li realizó la defensa pública de su tesis de Maestría Académica en Literatura Latinoamericana (UCR), titulada “La deconstrucción de la masculinidad hegemónica en ambientes represivos: *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig, y *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa”, dirigida por la Dra. Ruth Cubillo Paniagua, y en 2018 Mariela Romero Zúñiga presentó la tesis de Maestría Académica en Literatura (UCR), titulada “Modelos de masculinidad en las novelas *Camino al mediodía*, de Carmen Naranjo, y *Ceremonia de casta*, de Samuel Rovinski”, también dirigida por la Dra. Ruth Cubillo Paniagua.

masculinidad hegemónica, que se identifica con el modelo más tradicional de masculinidad y, por otro lado, al modelo de masculinidad subordinada, que obedece a los modelos que cuestionan o ponen en crisis la masculinidad hegemónica, pero que sigue siendo un modelo transgresor y/o marginal.

El concepto de masculinidad hegemónica fue desarrollado en la década de 1980 por R. W. Connell³ y puede definirse “como la configuración de la práctica del género que personifica la respuesta actualmente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, la cual garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de ciertos hombres y la subordinación de las mujeres.” (CONNELL, 2005) Esto quiere decir que en todos los procesos de interacción socio-cultural existe un grupo, el hegemónico, que demanda y mantiene una posición principal en la vida social (BOURDIEU, 2000); así, dependiendo del momento histórico en que nos encontremos, una u otra forma de masculinidad es culturalmente más exaltada que las otras. Sin embargo, desde el falogocentrismo patriarcal vigente desde hace siglos, se exalta un modelo masculino ideal según el cual todo hombre debería poseer las siguientes características: virilidad, fuerza, racionalidad, responsabilidad, honorabilidad y

ambición, entre otras. Además, este hombre ideal debe cumplir con tres tareas sociales fundamentales: **preñar** a la mujer, **proveer** los bienes materiales necesarios para la subsistencia de la prole y **proteger** a la familia. (BADINTER, 1993)

Ahora bien, Margaret Wetherell y Nigel Edley (1999) realizan una lectura crítica del concepto de masculinidad hegemónica elaborado por Connell, pues consideran que en muchos sentidos resulta impreciso, laxo y poco claro. Señalan que, para la misma Connell este concepto “es un ideal o un juego de normas sociales prescriptivas, simbólicamente representadas, una parte crucial de la textura de muchas actividades rutinarias sociales mundanas y disciplinarias. El contenido exacto de las normas sociales prescriptivas que [la] constituyen es dejado incierto” (WETHERELL Y EDLEY, 1999, p. 336). Esto quiere decir que, aunque podemos enumerar diversas características asociadas al hombre ideal o macho hegemónico, ningún hombre sabe con total certeza qué es lo que la sociedad espera de él y, lo más importante, ningún hombre es capaz de cumplir con todas las demandas que la norma social impone; de modo que la masculinidad hegemónica resulta ser un ideal, una aspiración (BONINO, 2002; TORO ALFONDO, 2008; DEMETRIOU, 2011; DE MARTINO, 2013).⁴

También es necesario tener en cuenta la

³ Cf. al respecto, Connell, R.W. 2005. *Masculinities*. Second Edition. Berkeley, CA: University of California Press.

No obstante, la noción de masculinidad hegemónica fue utilizada por primera vez en el artículo titulado “Towards a New Sociology of Masculinity”, de Carrigan, Connell & Lee, publicado en 1985.

⁴ Para profundizar en la revisión del concepto de masculinidad hegemónica, cf. el artículo de Nicolas Schongut, titulado “La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia” (2012).

coexistencia de diversas masculinidades hegemónicas, es decir, que no existe una sola de ellas, sino que los discursos asociados al poder van generando una pluralidad de masculinidades hegemónicas, las cuales compiten entre sí, pero aprenden a convivir en un mismo espacio y en un mismo tiempo. Para un hombre que pretenda encarnar el modelo de macho hegemónico, lo importante es sentirse poderoso, superior al resto de hombres aunque sea en un aspecto concreto (y de mujeres, claramente) y dominador.

Ahora bien, a pesar de las críticas realizadas al concepto de masculinidad hegemónica de Connell, consideramos que continúa siendo una categoría operativa metodológicamente hablando y, por lo tanto, en esta investigación se empleará como referente para contrastarla con la noción de masculinidad subordinada.

Así pues, para explicar las fracturas o quiebres que se han generado en las masculinidades hegemónicas, especialmente a partir de la década de 1970 con el inicio de la revolución tecnológica, el investigador chileno Humberto Abarca plantea que se ha producido una atenuación del mandato cultural impuesto a los varones:

La noción de ‘atenuación’ alude al proceso de transformaciones históricas y biográficas en virtud del cual los significados del mandato cultural de la hombría pierden su fuerza interpelativa sobre la subjetividad del varón. Sea en tono de entusiasmo o desencanto, los varones sugieren que el rol histórico y sus rasgos de especialización dejan de resonar o parecer tan evidentes. A partir de allí, se relativiza el significado de la

hombría, se modifican sus referentes tradicionales, pierde su transparencia como ideología masculina, desnaturalizándose y haciéndose un discurso histórico que se ve cuestionado por la creciente importancia del código igualitario en las relaciones interpersonales. Se trata de un movimiento de contestación que dista de ser homogéneo en su profundidad y manifestaciones [...] Como sea: lo masculino se hace subjetivo, individual, abierto a la experiencia de cada uno: puede que unos compartan y otros dominen. Cada uno elige sus cargas: la masculinidad hegemónica se debilita. (ABARCA, 1999, s.p.)

Las masculinidades subordinadas agrupan todas estas respuestas o alternativas generadas para distanciarse de las masculinidades hegemónicas. Es muy importante tener presente que no por tratarse de masculinidades contestatarias están exentas de toda la problemática que plantea la cuestión del poder, pues a lo interno de cada una de ellas también puede ocurrir que se reproduzcan muchas de las prácticas y/o discursos característicos de las masculinidades hegemónicas, que se hallan tan arraigados o enraizados en todos nosotros, gracias a los siglos y siglos de predominio de la lógica patriarcal.

Si pensamos en términos de la lógica binaria característica de la metafísica occidental, tal y como la plantea el filósofo argelino-francés Jacques Derrida (2003), podremos comprender con mayor facilidad la dinámica que se produce a lo interno del par binario hegemónico/subordinado, así como el hecho de que para que tenga sentido lo hegemónico debe existir lo contestatario (o

para que tenga sentido la idea de Dios también debe existir la idea de Demonio):

Masculinidades hegemónicas	Masculinidades subordinadas
Dominación, roles tradicionales como modelo ideal, centralidad. Es la parte positiva del par binario, según el mandato socio-cultural. Se halla en la parte alta de la jerarquía.	Transgresión, cuestionamiento de roles tradicionales, periferia o marginalidad. Es la parte negativa del par binario, según el mandato socio-cultural. Se halla en la parte baja de la jerarquía.

2. Representaciones de las masculinidades en el corpus seleccionado

En el corpus analizado se representan tres tipos de hombres, todos ellos contruidos a partir de los citados modelos de masculinidad:

2. 1. El macho que necesita mostrar y defender su hombría en todo momento y a toda costa. Esto lo encontramos en “Un día en la vida” (1996), del guatemalteco Dante Liano; en “Regino, cuchara de olla”, del panameño Pantaleón Henríquez, y en “Toñón”, del salvadoreño Jaime Barba.

En el cuento “Un día en la vida” encontramos a dos hombres que, tras un

choque entre sus dos vehículos, inician una violenta discusión y terminan matándose en plena vía pública para demostrar su hombría. Uno de los hombres, el Conejo Duarte, era un trabajador de clase media baja que regresaba a su casa después de finalizar la jornada laboral; su vehículo era un Volkswagen verde “todo destartado” (LIANO, 1996). El otro hombre, del que no sabemos el nombre, pues solo se le llama “el militar” (LIANO, 1996), conducía un enorme Chevrolet en excelentes condiciones y es él quien le pega por detrás al vehículo del Conejo. El enfrentamiento que protagonizan estos personajes pone en juego no solo la defensa de la virilidad de cada uno de ellos, sino también un conflicto de clase social, pues el militar quería demostrar su superioridad también en este terreno: no es lo mismo ser hombre y pertenecer a una clase social media o media baja, que ser hombre y pertenecer a una clase social media o media alta y, además, ser militar en un país como Guatemala.

Veamos cómo lo muestra el texto:

El Conejo ya lo alcanzaba cuando el chafa abrió la guantera y sacó la cuarenta y cinco. –Mátame, pues, hijo de la gran puta –le gritó el Conejo, quieto, a un paso-. Con el cuete en la mano sí sos valiente, verdad, amujerado. [...] El Conejo retrocedió por los impactos, pero no cayó. Se puso blanco, apretó los dientes, ya no buscó pegarle al militar. Se llevó la mano al estómago.” (LIANO, 1996, p. 56)

El lector podría pensar que el relato finalizará con el triunfo del militar y la muerte del Conejo; sin embargo, este último, así herido de muerte como estaba, le pide al chafa

que lo espere y camina hasta su casa para traer su propio revolver. ¿Por qué en ese momento el militar no se monta al carro y se va? ¿Por qué se queda esperando al Conejo? ¿Por qué el grupo de mirones no se dispersa? El narrador omnisciente sugiere que el conjuro que le lanzó el Conejo Duarte (“ –Mirá cabrón –le dijo al chafa- si sos hombre me esperás aquí”, LIANO, 1996, p. 56), le impide huir, pues necesita reafirmar que él sí es hombre y, por tanto, no es cobarde.

En palabras de Liano: “Lo cierto es que cuando el Conejo llegó de regreso al lugar del choque, el chafa todavía estaba examinando los daños. Tuvo un parpadeo de advertencia cuando vio delante de él al Conejo, que había regresado a su casa a traer una pistola [...] Un balazo le atravesó la garganta y no pudo ni gritar.” (LIANO, 1996, p. 58)

Así, ambos hombres terminan muertos en plena calle, al lado de sus vehículos y ante la mirada del grupo de personas que se había detenido a observar la pelea, pero que nunca trataron de impedirla. Al parecer, los dos personajes tenían tan bien asumidas las características asociadas al macho hegemónico, que prefirieron mostrar su valentía, su fuerza y su hombría antes que salvar la vida.

En el cuento “Regino, cuchara de olla”, se nos presenta a Regino Jiménez, un matón de pueblo que encarna a la perfección las características del macho tradicional: rudo, valiente, aventurero, de gran apetito sexual, guapo y matón; así lo describe el texto: “Su

fama de guapo era conocida en toda la región, en todos los campos se hablaba de las aventuras y de la valentía de Regino Jiménez, hombre de pelo en pecho [...] Su cuchillo y su “collins” habían dado ya mucho que hacer y los residentes de esos lugares, le adjudicaban más de una muerte.” (HENRÍQUEZ, 1986, p. 43)

Además de asesino, Regino era un violador de mujeres, pues cuando le ponía el ojo a una muchacha simplemente se la llevaba con él, sin importar su estado civil y sin pensar siquiera en los deseos de ella; así lo expresa el texto:

Esa fama de Regino había surtido sus efectos entre las mujeres, las cuales si no le querían, por lo menos le temían y por esa razón, no oponían resistencia, cuando de cualquiera de ellas quería hacerse dueño. En más de una ocasión, maridos se quedaron sin mujeres y padres, sin hijas, porque así lo quiso el guapo de Regino Jiménez, a quien nadie se atrevía a reclamar.” (HENRÍQUEZ, 1986, p. 44)

Después de describir a Regino, un narrador testigo en primera persona plural nos ubica espacialmente y nos relata lo que le aconteció a este personaje aquella noche en particular, cuando se celebrara un baile en la casa de la viuda Yeya. La fiesta estaba muy animada, todos bebían, comían y bailaban alegremente, aunque cada uno de los presentes temía la llegada de Regino, pues sabían que entonces la fiesta acabaría mal. Lo cierto es que ya de madrugada Regino apareció y le puso el ojo a Chefa, joven y bella muchacha, futura esposa de José Manuel, un corpulento mozo del lugar. Regino se acercó a la pareja, que en ese

momento estaba bailando, y arrancó a Chefa de los brazos de su novio con el propósito de robársela al rato; aunque José Manuel se hizo a un lado y no dijo nada, en ese instante tomó la decisión de enfrentar al matón.

Claramente, este gesto de Regino ocasiona un conflicto de honor, ya que José Manuel se siente obligado a defender la honra de su futura esposa, así como su propio honor, pues como señala el texto, “Al fin y al cabo, también él era macho” (HENRÍQUEZ, 1986, p. 45). Se produce entonces una lucha cuerpo a cuerpo entre los dos machos “fornidos y hábiles” (HENRÍQUEZ, 1986, p. 46) y, ante la mirada atónita de todos los presentes, el joven José Manuel logra vencer al temidísimo Regino, pues le incrusta una daga en la parte baja del abdomen y de la herida brotan con violencia los intestinos del matón. Regino se retira a rastras del lugar de la pelea y camina hasta la casa de Ña Rufina, su única amiga en el lugar, quien, haciendo gala de una gran frialdad y valentía (de hecho, superior a la de muchos “machos”), le remienda la herida a Regino, empleando una cuchara de olla hecha de casco de calabaza, y le salva la vida. De ahí el apodo que a partir de ese día recibirá este hombre: Regino, cuchara de olla.

El final del relato resulta aleccionador, pues nos presenta a un Regino regenerado que ahora, dedicado a sus matas y sus rosas, enseña a los más jóvenes “dónde está la verdadera hombría” (HENRÍQUEZ, 1986, p. 47) Aunque en el cuento no se explica qué es la “verdadera hombría”, sí se mencionan las

características de este nuevo hombre que ahora es Regino: “Trabajando se le ve todos los días; pero ya no va a bailes, ya no va a fiestas, no se juma, ni pelea. Ya no es el valentón de antaño (...) Y cuando alguien le busca camorra, apasiblemente se retira” (HENRÍQUEZ, 1986, p. 47)

Resulta interesante observar que este cambio positivo de Regino no se produce totalmente por su propia voluntad, sino que es motivado por el escarmiento que representó para él la pelea con José Manuel, quien resultó ser un macho más hábil y, en ese sentido, superior.

Finalmente, en “Toñón”, originalmente publicado en 1995, se nos presenta a este personaje que da título al relato (el aumentativo de Toño), un hombre violento y asesino, pero al mismo tiempo trabajador y deseoso de fundar una familia. El cuento inicia así: “- O me matás o te mato, gran cabrón – le dijo Toñón a Carlos Paniagua, al momento que con el corvo le cortaba la nuca.” (BARBA, 2000, p. 187)

Este primer asesinato cometido por Toñón no tiene una clara explicación, pues únicamente se nos indica que, después de tomarse juntos ocho botellas de guaro durante aquella tarde, Toñón y Carlos inician una pelea que ya sabemos cómo termina. Así pues, todo parece ser producto del alcohol y de la necesidad de demostrar la hombría. A partir de ese momento, Toñón se ve obligado a iniciar una vida de prófugo que lo lleva de Chinameca, pueblo salvadoreño donde vivía y

donde cometió este primer asesinato, a Metalío, otro pueblo del mismo país donde su primo Moisés comerciaba con ganado. Moisés lo recibe, aún a sabiendas del crimen cometido, lo esconde y luego le ofrece trabajo. Todo marchaba bien hasta que el primo envía a Toñón a darle un recado amenazante a Marcos Jiménez, capataz de una finca vecina; Marcos se burla de Toñón y éste se enfurece, se inicia una pelea y Toñón comete su segundo asesinato. En este caso, tal y como explica el texto, el protagonista siente herido su orgullo de macho al recibir la burla de Marcos y la furia lo ciega; lo único que logra pensar en ese momento es que de todos modos él ya es un asesino fugitivo. De nuevo, la violencia se plantea como el único camino para la resolución de los conflictos que surgen entre los machos hegemónicos.

Toñón huye de nuevo, esta vez hacia la capital de Guatemala, donde consigue trabajo y conoce a Gloria, una joven salvadoreña mesera de un restaurante chino, con quien planea formar una familia en el futuro cercano. Sin embargo, aparece en escena un policía presidencial con quien Gloria había tenido un amorío y esto provoca los celos de Toñón; ambos hombres se enfrascan en una pelea a la salida del restaurante donde trabaja la muchacha y Toñón resulta vencer: ha cometido su tercer asesinato. Esta vez la motivación del asesino es diferente, pues ahora se trata de defender la honra de Gloria y su propio honor de macho; era necesario “marcar el terreno” y dejarle bien claro al

policía que ahora el hombre de Gloria era él, aunque esto implicara perder a la muchacha, pues Toñón no tuvo más remedio que huir nuevamente, esta vez hacia Honduras.

En Choluteca, pueblo hondureño del interior, Toñón consigue trabajo y establece una relación con Mirta, con quien también hace planes de futuro, pues el deseo de este hombre era formar una familia y vivir dignamente del fruto de su trabajo; sin embargo, nuevamente una cuestión de honor se atraviesa en su camino, cuando al regresar al pueblo sorpresivamente, se encuentra a Mirta bailando en brazos de otro hombre: Genero Paniagua, el hijo de mayor del primer hombre asesinado por Toñón. Al igual que en las ocasiones anteriores, se inicia una pelea cuerpo a cuerpo, pero esta vez Toñón muere a manos de Genaro y su hermano Caledonio, quienes sentían la obligación de vengar la muerte de su padre. El narrador compara a Toñón con un toro enloquecido y a Genaro con el torero que se convertirá, finalmente, en su verdugo: “Toñón, obnubilado por la furia, se le dejó ir directo al pecho, pero el hombre se quitó y le clavó al toro en la espalda la primera estocada. Más se enfureció. Se volvió a lanzar sin cálculo y otra vez le cayó un machetazo en el lomo. Ni bufaba. La sangre ya le corría por los pantalones. Genaro lo iba a matar” (BARBA, 2000, pp. 191-192)

Durante la pelea, Mirta decide ponerse del lado del hombre que lleva la ventaja, es decir, Genaro, e insulta a Toñón tratándolo de “impotente”. Este cuestionamiento de su

hombría enfurece aún más al protagonista, quien no es capaz de darse cuenta de que está perdiendo la pelea y de que va a morir; al mismo tiempo, Genaro, quien se siente acuerpado por Mirta y tiene sed de venganza, se empodera aún más y asume por completo el rol de torero-verdugo: “Genaro quiso torear de verdad. Se quitó la camisa roja y se la puso enfrente. El toro se dejó ir desbocado para un lado. Olé. Para el otro. Olé. De nuevo. Olé. Otra vez más. Olé. Los dos se cansaron. Alguien tenía que morir”. (BARBA, 2000, p. 192) Toñón es animalizado y, en efecto, muere como un toro en el ruedo.

En la escena final, cuando la pelea ha terminado, Toñón yace muerto, Genaro está mal herido y Caledonio “llora como un niño acurrucado cerca del orinal y repitiéndole a su padre que la misión estaba cumplida” (BARBA, 2000, p. 192). Esta escena resulta desgarradora y nos permite reafirmar la idea de que los hombres –al igual que las mujeres– son víctimas del patriarcado y sus absurdos mandatos.

El narrador omnisciente sugiere que Toñón es una víctima más del determinismo social y, por tanto, poco puede hacer para escapar de su destino, pero lo que nos interesa recalcar aquí es que para este hombre y para todos los que a lo largo del relato se enfrentan con él por diversos motivos (así como para los protagonistas de los otros cuentos analizados en este apartado), la violencia física siempre será vista como la única opción para resolver los conflictos; claramente esto obedece al

mandato socio-cultural recibido por esos varones, incapaces de vislumbrar otras alternativas más allá de la violencia extrema, pues les aterra la posibilidad de ser etiquetados como cobardes, miedosos o afeminados.

2.2. El macho proveedor que siente amenazada su hombría al no poder cumplirle a su familia en términos económicos, como en los cuentos “Campánulas”, del salvadoreño José María Méndez, y “Dos reales”, del costarricense Fernando Durán.

El cuento “Campánulas” (1997) nos presenta a un protagonista, Arcadio Romero, que se encuentra totalmente vencido y desencantado de la vida debido a lo que él considera su colección de fracasos en todos los órdenes, en especial el económico. Romero es un hombre inteligente, buen lector, con inquietudes intelectuales (quería ser escritor) que su condición de hombre asalariado (y mal pagado) no le permite satisfacer. Matilde, su esposa, lo recrimina todo el tiempo por no ser más osado y agresivo en su trabajo, con el fin de alcanzar un mejor puesto (y un mejor salario), pero Arcadio le responde que no quiere ser un sinvergüenza. También le reclama porque con los únicos diez colones que le sobran de su sueldo de seiscientos colones, Arcadio se compra unos cigarros y una botella de cerveza que se toma los domingos.

Arcadio es presentado como un hombre cobarde, apocado y miedoso que nunca en su vida se atrevió a tomar grandes riesgos. Esto queda claro cuando, gracias a una digresión realizada por el protagonista, nos enteramos de

que el amor de su vida es una mujer llamada Isabel, a quien estuvo a punto de raptar del colegio para huir juntos, lo cual nunca llegó a suceder porque a Arcadio lo venció el terror:

A las doce llegó al colegio. Las altas tapias, las figuras de monstruos dibujadas por la hiedra, el aletear de unos pájaros o de unos murciélagos, le metieron miedo. Tres veces dio vueltas alrededor del edificio sin atreverse al escalamiento [...] Antes de amanecer, cayó al suelo vencido por los fantasmas. Tenía fiebre.” (MÉNDEZ, 1997, p. 141)

Romero sabe que su familia tiene muchas necesidades materiales que él no puede suplir por falta de dinero y esto lo hace sentir fracasado, lo hace sentir poco hombre. La presión social para ser un buen proveedor es muy fuerte y él no está cumpliendo con las expectativas de su mujer, sus hijos y de él mismo; por eso, decide suicidarse. Arcadio conoce muy bien el mandato socio-cultural con que debe cumplir para ser considerado un “buen hombre” y también sabe muy bien que él no ha sido capaz de cumplir con dicho mandato; sin embargo, aunque Arcadio no logra dejar de lado las exigencias que impone la masculinidad hegemónica, tampoco logra articular su subjetividad desde una masculinidad subordinada que le permita romper con la normativa social. En palabras de Méndez:

Su frustración y su pobreza son definitivas e insalvables [...] Se le ha cegado la fuente de los sueños y, peor aún, el ansia de la vida. Lentamente, se levanta de la vieja mecedora que fue de su padre, de su abuelo y de su bisabuelo, entra en el dormitorio y camina con pasos

solemnes hacia la mesa de noche. No le tiemblan las manos. Segundos después, se oye el pistoletazo.” (MÉNDEZ, 1997, p. 142)

Así, la decisión más valiente que toma Arcadio en toda su vida es, precisamente, su última decisión: el suicidio.

Por otra parte, en el cuento “Dos reales”, encontramos a Andrés, un esposo y padre de familia que se encuentra desempleado y vive, junto a su esposa e hijos, en una situación de pobreza extrema en un tugurio al que llaman casa por pura dignidad. Andrés es un obrero de la construcción que ha perdido su trabajo y busca uno nuevo desesperadamente. Su mujer Marta, al borde de la desesperación por ver a sus hijos desfallecer de hambre, amenaza al marido con prostituirse para llevar algo de dinero al hogar, idea que le resulta repulsiva a Andrés, al punto de preferir convertirse en ladrón (cosa que nunca llega a suceder en el relato). Así lo expresa el texto: “-Mañana salgo yo a conseguir con qué podamos comer, aunque tenga que... -¡Cállate, con todos los diablos! Ya te dije que no repitás más eso. ¿Te creés que estoy muy contento? [...] Haré lo que sea. Mañana voy a robar, pero no repitás eso. Mañana yo arreglo esto, aunque sea robando”, (DURÁN, 2000, p. 89) El hecho de que Marta amenace con “vender su cuerpo” para convertirse en proveedora, ocasiona que Andrés sienta cuestionada su hombría.

Al igual que el protagonista de “Campánulas”, Andrés se siente fracasado porque no ha logrado cumplir con el mandato de proveer a la familia las necesidades básicas,

lo cual implica que también ha fallado como protector de la prole. La única función que ha desempeñado bien este personaje es la de preñador, pues ya tiene dos hijos con Marta y podría tener más.

2. 3. El hombre que pone en duda su masculinidad al sentirse atraído por otros hombres y el hombre que desea ser mujer. Esto lo encontramos en los cuentos “Un día en la vida de Güicoyón Pérez”, de la guatemalteca Mildred Hernández; “Beto y Betina”, de la costarricense Rima Rothe de Valbona, y “La mujer oculta”, del costarricense Rodrigo Soto.

En el cuento “Un día en la vida de Güicoyón Pérez”, Güicoyón es un hombre de 35 años, soltero, desempleado, vive con su padre, depende de él económicamente y es homosexual (él desea ser mujer, vestirse como hembra y ser “poseída” por un hombre bien hombre). El otro protagonista se llama José María y es un hombre desempleado, pobre, separado de su mujer, padre de siete hijos y con una gran nostalgia por la familia que perdió tras la separación. Ambos personajes se encuentran en la calle y Güicoyón aborda a José María, lo invita a tomar una cerveza y este, sumido en su soledad y su pobreza, acepta, sin sospechar las intenciones del otro. Luego, Güicoyón lo invita a “echarse un polvito” (HERNÁNDEZ, 2003, p. 198) y José María se enfurece, pues este ofrecimiento le resulta totalmente ofensivo a él, un padre de familia 100% heterosexual; sin embargo, una palabra pronunciada por Güicoyón (“papacito”

HERNÁNDEZ, 2003, p. 198, le dijo), sumada a la soledad y la nostalgia, se convierte en el detonante que lleva a José María a aceptar la propuesta sexual.

Así lo expresa el texto:

- Mire pues, cómo es la vida, los dos estamos solos y tristes ¿qué dice si nos vamos por allí, a un lugar donde estemos los dos juntitos, sin nadie que nos moleste, y nos echamos un polvito? [...] – Mirá hijo de cien mil putas, andate antes que te reviente el hocico por shuco, hueco de mierda-. Levantó el brazo e hizo ademán de pegarle. Güicoyón Pérez retrocedió, se levantó, alzó los hombros y con una mueca de desdén dijo: -Usted se lo pierde *papacito* [...] Güicoyón Pérez cruzaba la esquina cuando Chema lo alcanzó. Ambos se vieron fijamente a los ojos. El calor apremiaba y los cuerpos, brillantes, sudorosos, pugnaban por desbocarse en esa tarde de fuego. (HERNÁNDEZ, 2003, p. 198)

Güicoyón representa al hombre que, desde su condición de homosexual, se enfrenta —y transgrede— a los mandatos de la masculinidad hegemónica, incluida la heteronormatividad. Podríamos decir que este personaje está construido sobre la base del estereotipo de “la loca”, pues anhela vestirse como las hembras, es promiscuo y únicamente piensa en satisfacer su deseo sexual con otro hombre. Por su parte, Chema representa al hombre que durante toda su vida ha procurado cumplir con la normativa social impuesta al macho tradicional, pero que se siente frustrado y fracasado porque no lo ha logrado a cabalidad. Por eso, cuando Güicoyón le propone irse a “echar un polvito”, Chema reacciona con violencia en primera instancia, pues ve amenazado el último resabio de

hombría que le quedaba: su probada heterosexualidad.

No obstante, al final Chema cede y decide irse a echar ese polvito, lo cual no necesariamente implica que este personaje haya decidido renunciar a ser un macho en el sentido tradicional, pero sí implica que se ha producido una fractura, un quiebre, en el férreo mandato de la masculinidad hegemónica.

Por otra parte, en el cuento “Beto y Betina”, publicado originalmente en 1975, se nos presenta a Isabel, una mujer treintona que sufre un fuerte desengaño amoroso al darse cuenta de que Beto Corrales, el compañero de trabajo del que se ha ido enamorando poco a poco, ha experimentado una paulatina metamorfosis y ahora es Betina Corrales. El narrador omnisciente procura ponerse en los zapatos de Beto para, de algún modo, justificar la decisión que este toma, pues él dice sentirse incompleto cuando debe vestirse y comportarse como hombre: “Cuando grande, yo sólo era feliz los fines de semana, cuando podía ser yo misma y dejar en el ropero los pantalones y las camisas de cuello engomado y las corbatas. Sábado y domingo, me sentía realizada, completa, total para comenzar a morir de nuevo el lunes dentro de los pantalones y el saco.” (ROTHER DE VALBONA, 2003, p. 61)

Así, Beto se aparta por completo del modelo de hombre impuesto con base en la masculinidad hegemónica y se instala de lleno en la masculinidad subordinada que implica

ser un travesti. Mientras fue Beto, nunca tuvo la intención de engañar a Isabel brindándole falsas esperanzas, pero ella comenzó a interesarse por él precisamente porque era diferente del resto de hombres que la rodeaban: más ordenado, más sensible, más inteligente, más detallista.

Para realizar su sueño de convertirse en Betina, este personaje se ve obligado a iniciar una nueva vida en otro lugar: “Me voy al extranjero, donde nadie me conoce, a realizar mi paraíso que fui preparando, construyendo, año tras año, pedazo a pedazo. Ahora soy completa, soy total, soy Albertina, la forma que al fin se redondeó sin faltarle nada.” (ROTHER DE VALBONA, 2003, p. 61) Sin duda, en este cuento se reproducen muchos estereotipos y se obvian las problemáticas sociales a las que debe enfrentarse un travesti.

Por su parte, Isabel no logra comprender del todo aquello que le explica Betina y se siente defraudada por Beto y por la vida: “Ahora, ante Betina, el pozo abría infinitamente su brocal hacia el abismo: esa verdad era todo lo que Isabel había condenado y rechazado, todos los noes de su vida. Al principio escuchó atentamente, con azoro y casi con asco” (ROTHER DE VALBONA, 2003, p. 56) Isabel esperaba que Beto asumiera su papel de macho tradicional y se convirtiera en su proveedor, su protector y su preñador, pero ninguna de estas cosas formaba parte de los planes de Beto/Betina.

Por último, en el cuento “La mujer oculta” -cuya primera edición es de 1986-,

relato que posee la estructura y la trama más complejas de todos los analizados hasta ahora, se nos presenta a un matrimonio en apariencia feliz. Él y ella (sus nombres parecen no ser relevantes) desempeñan a cabalidad los roles socialmente asignados a cada género: él se encarga de proteger a su hembra y de proveer lo necesario para el hogar; él es un mecánico automotriz, dueño de su propio taller, corpulento, fuerte, valiente, “macho macho” (CHÁVEZ, 2003, p. 82) “hombre hombre” (CHÁVEZ, 2003, p. 82), bueno en la cama, responsable y trabajador. Por su parte, ella se encarga de todas las labores domésticas y, sobre todo, tiene el deber de mantenerse bella y lozana para él (por eso él no quiere que tengan hijos, pues la belleza de ella puede disminuir tras la maternidad y además tendría que compartir el cariño de ella con el intruso/hijo).

Todo parece marchar bien, hasta que ella comienza a tener unos sueños que la perturban y que finalmente le permiten comprender que su marido no la deja ser quien ella quiere ser; entiende que en ella permanece algo oculto y que necesita dejarlo salir, pues se siente encarcelada en una jaula de lujos y comodidades. Cuando despierta en las madrugadas, agitada por la inquietud que le provocan estos sueños, ella se desnuda y visita el taller mecánico del marido, profana con su cuerpo lascivo y desnudo este espacio masculino al que ella no tiene acceso. Le resultan sumamente atractivas las herramientas del taller y los automóviles que

allí están:

Toma una llave inglesa, la mira con detenimiento, sus canales, sus recovecos; la comienza a acariciar y con ella comienza a recorrer todo su cuerpo. Sus dedos, sus piernas, su sexo, su cara: todo lo toca aquella llave (...) Desnuda, contempla las herramientas de los hombres, los artefactos elaborados por ellos. He ahí el templo del Hombre. He ahí su sacerdotisa. He ahí su víctima. (...) Inicia una vez más su ritual profano, su contacto con los objetos de poder que constituyen esas herramientas, sus danzas sacras y sus lascivos ofrecimientos. (CHÁVEZ, 2003, pp. 88 y 89)

Una de esas noches en que ella, desnuda, se desliza furtivamente hacia el taller, el marido la sorprende y entonces ella decide comunicarle que ha tomado la decisión de abandonarlo, él le suplica que no se vaya y, como ella parece no estar dispuesta a ceder, él la mata golpeándola con una llave inglesa. Resulta muy relevante detenerse en los argumentos que ambos esgrimen, ella para irse y él para obligarla a quedarse. Ella le dice: “No puedo seguir disfrazándome, jugando a lo que hasta ahora consideraba que era yo misma: una especie de títere al que una mano extraña movía. Y vos tampoco podés seguir escondido, sin mostrarte tal cual sos, proyectándote a través de mí. Debemos despojarnos de las mentiras, botar las máscaras” (CHÁVEZ, 2003, p. 90). En respuesta, el marido le dice a ella: “No te irás. No te lo voy a permitir. Sos mía y yo soy tuyo. No te vas a ir. No podés irte, así como mi brazo o mi pierna no pueden irse. Sos para mí tan importante como cualquier otra parte de mi cuerpo. Sos mi otro cuerpo, el cuerpo que nadie ve, aunque lo estén

viendo. Escondido, aunque solo yo lo sepa” (CHÁVEZ, 2003, p. 90)

Así pues, el narrador omnisciente insinúa que la mujer oculta yacía en el cuerpo del marido, obligado a cumplir con una normativa social que lo obligaba a vivir detrás de una máscara, siendo mujer a través de su esposa y reprimiendo todo el tiempo su deseo de vestirse con las ropas de ella, calzar los zapatos de ella, untarse sus cremas y perfumes. Al final del relato, después asesinar a su esposa, el hombre decide entregarse a la policía, pero lo hace vestido y acicalado como ella: “Su cara está maquillada de una manera grotesca, el lápiz labial es excesivo y el colorete de la mejilla da la impresión de una triste máscara. El delineador se ha corrido por las lágrimas que surcan la cara, marcando trágicos signos negros. El pelo corto, despeinado; el vestido muy ajustado, de tal forma que se levanta por atrás.” (CHÁVEZ, 2003, p. 91)

Aunque las personas que lo observan caminar por la calle se burlan de él, el relato deja entrever que por fin este hombre ha tenido el valor de arrancarse la máscara de hombre que ha llevado desde que nació y se ha atrevido a colocarse esta otra máscara (la de mujer en cuerpo de hombre), con lo cual develó a la mujer que quizá siempre llevó oculta. Con esta acción, el personaje rompe con la masculinidad hegemónica y sus mandatos, para ubicarse en el terreno de una masculinidad contestataria que causa desconcierto en los otros:

Esa piltrafa, ese payaso, ese remedo de hombre o de mujer, hacia acá viene. Se acerca y, conforme lo hace, el gendarme palidece. Sólo las burlas de aquellas gentes impiden que él salga huyendo, temeroso de aquel ser que viste con atuendos de mujer su cuerpo masculino, de ese ser que al no estar ni allá ni acá, testimonia lo ilusorio de ese acá y de ese allá” (CHÁVEZ, 2003, p. 92)

Cuando se entrega a la autoridad, sorpresivamente para el lector confiesa haber matado a su esposo, así en masculino

Resulta muy pertinente la forma en que Chávez logra poner en entredicho el par binario masculino/femenino y los roles tradicionalmente asignados a cada género, los cuales ocasionan que muchas veces los sujetos se vean obligados a enmascararse para no sufrir la marginación y el castigo de una sociedad que juzga con dureza a toda persona que se atreva a transgredir la normativa establecida.

3. Conclusiones

Las vidas de los personajes masculinos del corpus analizado que poseen como modelo el ideal de hombre característico de las masculinidades hegemónicas, se hallan marcadas por la presencia de la violencia. El investigador canadiense Michael Kaufman habla de “la tríada de la violencia de los hombres” (KAUFMAN, 1989), pues considera que los actos individuales de violencia protagonizados por un varón pueden darse contra las mujeres, contra otros hombres o contra él mismo. Esto es lo que ocurre en los

casos del Conejo Duarte, el militar, Regino Jiménez, Toñón y sus víctimas, Arcadio Romero y Chema.

En palabras de Kaufman,

las sociedades dominadas por hombres no se basan solamente en una jerarquía de hombres sobre las mujeres, sino de algunos hombres sobre otros hombres. La violencia o la amenaza de violencia entre hombres es un mecanismo utilizado desde la niñez para establecer ese orden jerárquico. Un resultado de ello es que los hombres "interiorizan" la violencia (...) La consecuencia no es solamente que niños y hombres aprendan a utilizar selectivamente la violencia, sino también a transformar una gama de emociones en ira, la cual ocasionalmente se torna en violencia dirigida hacia sí mismos, como ocurre, por ejemplo, con el abuso de sustancias y las conductas autodestructivas. (KAUFMAN, 1989, p. 1)

Esta tríada de la violencia de los hombres es fomentada e incluso aceptada en las sociedades patriarcales cuyo modelo ideal de varón se forja al amparo de la masculinidad hegemónica. Por esta razón, y de acuerdo con la lógica falogocéntrica (el falo y el logos como centros de poder), en las sociedades occidentales los hombres caucásicos, heterosexuales, de clase media-alta o alta, adultos y judeo-cristianos son quienes se ubican en la parte alta de la jerarquía social y merecen una serie de privilegios a los cuales los otros hombres (los que no cumplen con todas estas características) y las mujeres no pueden acceder. La violencia es usada por los varones para perpetuar el disfrute de tales privilegios y no podemos olvidar que incluso los hombres que carecen de alguno de los

atributos antes señalados, se sienten amparados por la normativa social para ejercer esta misma violencia contra otros hombres que consideren inferiores y contra las mujeres en general.

El discurso de estos hombres también suele ser violento y agresivo; por eso se ha normalizado socialmente el uso de palabras soeces por parte de los varones, quienes muchas veces aprenden este tipo de lenguaje desde muy pequeños, pues sus propios padres o figuras paternas son quienes les enseñan a usarlo e incluso lo emplean con los niños. En los cuentos analizados, el Conejo Duarte y el militar se agreden discursivamente antes de pasar a la pelea cuerpo a cuerpo; Toñón también intercambia insultos con cada una de sus víctimas; Regino Jiménez llega al baile profiriendo amenazas y groserías para que la fiesta no pare, y Chema agrede verbalmente a Güicoyón cuando este le ofrece irse a echar un polvito.

No obstante, como bien señala Kaufman, esta relación con el poder que la sociedad patriarcal le plantea al varón, le genera experiencias contradictorias, pues “las formas en que los hombres hemos construido nuestro poder social e individual son, paradójicamente, la fuente de una fuerte dosis de temor, aislamiento y dolor para nosotros mismos.” (KAUFMAN, 1989, p. 2) Tal afirmación la podemos constatar a partir del análisis textual efectuado en este trabajo, pues los protagonistas de los cuentos tienen finales terribles: o mueren como resultado de peleas con otros hombres, o se suicidan al no poder

manejar el fracaso, o terminan solos y aislados. Incluso los personajes que hemos ubicado dentro de las masculinidades subordinadas se enfrentan al dolor que ocasionan los mandatos sociales del patriarcado.

Por otra parte, los lugares públicos resultan ser los sitios elegidos para ubicar a estos machos hegemónicos violentos. Así por ejemplo, el Conejo Duarte y el militar se pelean y mueren en la vía pública, justo al lado de sus automóviles; Toñón mata a su primera víctima en un bar después de haberse emborrachado juntos, al segundo hombre lo mata al aire libre, en media finca; y al tercero, en la vía pública, a la salida de un restaurante. La última pelea de Toñón, esa en la que él muere, ocurre en un baile de pueblo. Por su parte, Regino Jiménez también se pelea con José Manuel en un baile de pueblo y, según se narra en el cuento, solía acudir a este tipo de actividades a robar muchachas y buscar camorra.

Así pues, las relaciones intersubjetivas que estos hombres establecen, ya sea con otros hombres o con las mujeres en general, están marcadas por las diversas formas de violencia que hemos señalado y generan situaciones de convivencia atravesadas por la angustia, el miedo, el abandono, la pobreza y el dolor, lo cual se debe, además, a los espacios (lugares geográficos) en que tal convivencia se da (la región centroamericana), y a la clase social a la que pertenecen estos individuos (la gran mayoría son de clase baja o media-baja).

Referencias

Textos ficcionales (corpus):

BARBA, Jaime. “Toñón”. In BARBA, Jaime. *Mujeres en el rincón*. El Salvador: Istmo Editores, 2000.

CHÁVEZ PACHECO, José Ricardo. “La mujer oculta”. In JARAMILLO LEVI, Enrique (Edit.). *Pequeñas resistencias. Antología del cuento centroamericano contemporáneo*. España: Páginas de Espuma, 2003, pp. 81-92.

DURÁN AYANEGUI, Fernando. “Dos reales”. In GONZÁLEZ PICADO, Jézer. *Antología del relato costarricense. 1930-1970*. San José: EUCR, 2000.

HENRÍQUEZ BERNAL, Pantaleón. “Regino, cuchara de olla”. In HENRÍQUEZ BERNAL, Pantaleón. *Cuentos de acá y de allá*. Panamá: Editorial Mariano Arosemena, 1986.

HERNÁNDEZ, Mildred. “Un día en la vida de Güicoyón Pérez”. In JARAMILLO LEVI, Enrique (Edit.). *Pequeñas resistencias. Antología del cuento centroamericano contemporáneo*. España: Páginas de Espuma, 2003, pp. 195-198.

LIANO QUEZADA, Dante. “Un día en la vida”. In LIANO QUEZADA, Dante. *El vuelo del ángel*. Guatemala: Artemis-Edinter, 1996.

MÉNDEZ CALDERÓN, José María. “Campánulas”. In MÉNDEZ CALDERÓN, José María. *Las mormonas y otros cuentos*. El Salvador: Concultura, 1997, pp. 135-142.

ROTHER DE VALBONA, Rima. “Beto y Betina”. In JARAMILLO LEVI, Enrique (Edit.). *Pequeñas resistencias. Antología del cuento centroamericano contemporáneo*. España: Páginas de Espuma, 2003, pp. 56-61.

Textos teóricos:

ABARCA, Humberto. *Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad*. Departamento de Participación, Cultura y

Deportes, Universidad de Chile, 1999, s.p.
http://www.carlosmanzano.net/articulos/abarc_a.html.

BADINTER, Elizabeth. *XY: La identidad masculina*. Madrid: Alianza, 1993.

BONINO, Luis. *Masculinidad hegemónica e identidad masculina*. Dossiers Feministes 6: Mites, de/construccions i mascarades, núm. 6, 2002, pp. 7-35.

BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

CARRIGAN, Tim, CONNELL, Robert, LEE, John. "Toward a new sociology of masculinity". In *Theory and Society*, vol. 14, núm. 5, 1985, pp. 551-604.

CONNELL, Robert. *Gender and power: Society, the person and sexual politics*. Cambridge: Polity Press, 1987.

CONNELL, Robert. *Masculinities* (2nd ed.). Cambridge: Polity Press, 1995.

CONNELL, Raewyn y MESSERSCHIMDT, James. *Hegemonic masculinity. Rethinking the concept*. In *Gender & Society*, vol. 19, núm. 6, 2005, pp. 829-859.

DE MARTINO BERMÚDEZ, Mónica. Connel y el concepto de masculinidades hegemónicas: notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu. In *Revista Estudos Feministas*, vol. 21, núm. 1, 2013, pp. 283-300, Universidade Federal de Santa Catarina, Santa Catarina, Brasil.

DEMETRIOU, Demetrakis. Connell's concept of hegemonic masculinity: A critique. In *Theory and Society*, vol. 30, núm. 3, 2011, pp. 337-361.

DERRIDA, Jacques. *De la gramatología*. 7a edición. México: Siglo XXI, 2003.

KAUFMAN, Michael. La construcción de la masculinidad y la tríada de violencia masculina. In KAUFMAN, Michael (Edit). *Hombres, placeres, poder y cambio*. Santo

Domingo: CIPAF, 1989, pp. 19-64.

KAUFMAN, Michael. *Las siete P's de la violencia de los hombres*. s.a., s.p. Traducción de Laura Asturias.
<http://www.michaelkaufman.com/wp-content/uploads/2009/01/kaufman-las-siete-ps-de-la-violencia-de-los-hombres-spanish.pdf>.

MENJÍVAR OCHOA, Mauricio. Género, hombres y masculinidades. *Boletín Digital*. Núm. 1, CIRCA, CIICLA, Universidad de Costa Rica, 2009, pp. 34-41.
http://www.ciicla.ucr.ac.cr/sites/default/files/2017-05/Bolet%C3%ADn%201%20Biograf%C3%ADa%20Eugenia%20Rodríguez%20%20Biograf%C3%ADa%20Mauricio%20Menjivar_1.pdf

SCHONGUT, Nicolas. La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. In *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, vol. 2, núm. 2, 2012, pp. 27-65.
<http://revista.psico.edu.uy>.

SOTOLONGO CODINA, Pedro, DELGADO DÍAZ, Carlos. *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social. Hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo*. Buenos Aires: CLACSO, 2006.

TORO ALFONSO, José. *Masculinidades subordinadas. Investigaciones hacia la transformación del género*. San Juan Puerto Rico: Publicaciones Puertorriqueñas Editores, 2008.

WETHERELL, Margaret y EDLEY, Nigel. Negotiating Hegemonic Masculinity: Imaginary Positions and Psycho-discursive practices. In *Feminism and Psychology*, New York: New York University Press, vol. 9, núm. 3, 1999, pp. 335-356.